

1º de mayo 2.010

**festividad de san José obrero
día de los trabajadores y trabajadoras**



**delegación de pastoral social
diócesis de asidonia-jerez**

Celebrar el 1º de Mayo, "Día Internacional del Trabajo".

¿Cómo nació este día? Al final del siglo XIX, los trabajadores lograron reducir la jornada laboral de 12 ó 14 horas a 8 horas. A los obreros les costó muchas víctimas: concretamente en Chicago las fuerzas del orden disolvieron manifestaciones con muchos muertos y heridos. Para recordar estos sucesos, las Naciones Unidas instituyeron el Día Internacional del Trabajo en 1945. La Iglesia católica fijó para este día la celebración de S. José Obrero. En este día se recuerda a San José Obrero, un carpintero, padre adoptivo de Jesús y modelo de trabajador.

Hoy nos pueden quedar un poco lejos los hechos dramáticos que dieron origen al 1º de Mayo, personas que lucharon por la dignidad del trabajo, pero sigue en pie la misma causa: cada pocos minutos se produce un accidente laboral pudiendo la mayoría evitarse. Según el INSHT (Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo) en el año pasado ocurrieron 605.073 accidentes de trabajo, de los cuales 632 mortales. Para los empresarios sigue resultando más barato indemnizar a las víctimas que invertir en seguridad.

En este contexto de crisis, desde las organizaciones empresariales se está exigiendo una mayor flexibilización del mercado laboral: abaratamiento de despidos, mayor precariedad de las condiciones laborales, etc. En definitiva, es hacer cargar con el mayor peso de la crisis a los trabajadores y trabajadoras, mientras se ayuda con suculentas inyecciones de dinero a los que sí son causantes de la misma.



Llevamos años viendo cómo miles de trabajadores y trabajadoras son despedidos. Hay en nuestro país más de 4 millones de parados (marzo 2010) que se ven empujados hacia la pobreza y la exclusión. Cáritas denuncia que han aumentado en un porcentaje elevadísimo el número medio de las demandas de ayudas económicas, centradas principalmente en ayudas para vivienda y alimentos.

Una crisis producida por un sistema económico mundial injusto e insolidario, regido por el ciclo: consumir, producir, consumir, que tanta desigualdad y pobreza genera, especialmente en los más débiles. Nunca ha sido más evidente la necesidad de un cambio radical que trastoque las reglas del sistema y el sistema mismo.

"Es obligación de cuantos creemos en Dios y aún de aquellos que simplemente reconocen el valor moral de las personas hacer cuanto esté a nuestro alcance para que las instituciones y estructuras que encarnan nuestra convivencia se acerquen cuanto sea posible a los planes de Dios, en favor de la fraternidad y de la justicia" ("Los Católicos en la Vida Pública", 59).

Cifras no menos preocupantes tienen que ver con los ERE (Expedientes de Regulación de Empleo) que en España, en el 2009 según datos del Ministerio de Trabajo, alcanzaron la cifra de 20.757 afectando a más de medio millón de trabajadores y trabajadoras.

Por eso, debemos cambiar la apatía social generalizada de no corresponsabilizarnos con nada porque no depende de nosotros y nosotras. Todos y todas tenemos responsabilidad de lo que pasa. Como trabajadores y trabajadoras cristianos, seguidores de Jesucristo, modelo de amor, caridad, justicia y esperanza, nos debe doler y preocupar esta situación. Sentirnos interpelados e interpeladas por la realidad y, desde el evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, llamados a una vida más comprometida. Porque nuestra indiferencia también genera dolor y sufrimiento.

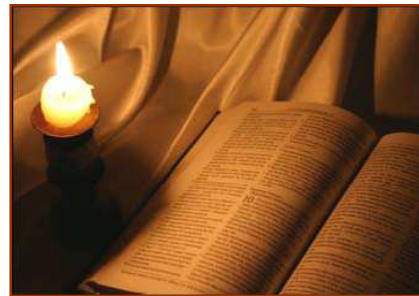
Tenemos muchos motivos para participar, reivindicar y celebrar este 1º de Mayo día Internacional de la Clase Trabajadora.



Para la reflexión y oración personal o comunitaria

"Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos (...) El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás". (Concilio Vaticano II, "Gaudium et spes", 24).

"La lucha por el bien y el mal, el avance o el retroceso de los planes de Dios, que van siempre unidos al desarrollo o a la destrucción de la humanidad, no se juegan sólo en el corazón del hombre o en los ambientes más reducidos de la vida personal y familiar e interpersonal. Las fuerzas del bien y del mal actúan también en la vida social y pública, por medio de nuestras actuaciones sociales y de las mismas instituciones, favoreciendo o dificultando la paz, el crecimiento y la felicidad de los hombres". (Conferencia Episcopal Española, "Los Católicos en la Vida Pública, 57)



"Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y consecuente del mensaje evangélico. (...) La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para "evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido". Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres" (Comisión Episcopal de Pastoral Social: "La Iglesia y los pobres", 9 y 10).

"Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros". (Juan Pablo II, en SRS, 16)

¿Qué podemos hacer?

Las pistas de actuación siguientes pueden ayudarnos a crecer en una encarnación en la realidad cotidiana del mundo del trabajo. Son las siguientes:

1. Acercarnos y conocer la problemática

Situarnos en la realidad de los problemas concretos que están provocando empobrecimiento y deshumanización en el mundo del trabajo. Problemas como,



por ejemplo, la precariedad vital y la pérdida de derechos en el trabajo. El paro y la exclusión que esa misma dinámica genera en las familias trabajadoras, las situaciones de especial debilidad y vulnerabilidad que padecen muchos jóvenes, mujeres e inmigrantes. En definitiva, situarnos en la realidad concreta de esos problemas de personas y familias en nuestros barrios, lugares de trabajo..., en la realidad de

la vida cotidiana. Este es el primer paso a dar y el que da sentido a otros posteriores que podamos realizar.

2. Divulgar, hacer pública esta realidad

Colaborar a destapar los problemas de empobrecimiento y deshumanización del mundo del trabajo, dándoles visibilidad social y trabajando por situarlos en la "agenda política". Es imprescindible colaborar a que esos problemas sean percibidos como problemas sociales muy importantes, a crear conciencia social sobre ellos. Para esto es fundamental sacarlos a la luz, denunciarlos.

3. Crear espacios de encuentro

Colaborar a generar reflexión en torno a esos problemas concretos que padece el mundo del trabajo, promoviendo ámbitos cercanos y asequibles para compartir lo que nos pasa, para comprender mejor sus causas y consecuencias, para reflexionar cómo podemos hacerles frente..., necesitamos dialogar con otros y otras de nuestra vida cotidiana...y no tenemos espacios para hacerlo. Promover esos espacios de encuentro y diálogo tiene gran valor.



4. Vivir de otra manera es posible

Pero, para que lo anterior sea viable hay que mostrar que es posible, y mejor, vivir de otra manera. Frente al creciente individualismo con que vivimos, es fundamental promover formas comunitarias de vivir la realidad y de afrontar los

problemas, colaborando así a recuperar la sociabilidad propia de nuestra humanidad. Se pueden usar y compartir los bienes de otra manera, podemos dedicar nuestro tiempo a la solidaridad. Cuando vivimos las cosas desde la perspectiva de la comunión todo cambia.

5. Nuestro compromiso personal en la transformación social

En la búsqueda de esas respuestas es decisiva la implicación de las organizaciones sociales para hacer frente al empobrecimiento y deshumanización que padece el mundo del trabajo. Para ello hay que militar en esas organizaciones, conocer lo que plantean, promover todo lo que en sus propuestas haya de positivo, suscitar que centren su atención en los sectores más débiles y empobrecidos. Porque las organizaciones vecinales, sindicales, sociales, políticas... son imprescindibles para construir justicia.

6. Nuestro compromiso como Iglesia

En todo este trabajo es muy importante cuidar la implicación de las comunidades eclesiales (parroquias, movimientos, grupos...). Una tarea fundamental e imprescindible es hacer presente en el seno de la Iglesia las situaciones de vulnerabilidad, debilidad, empobrecimiento y deshumanización que padece el mundo del trabajo. Porque la Iglesia, en sus comunidades concretas, debe distinguirse por su cercanía y solidaridad con las personas que sufren esas situaciones.

7. Vivir la realidad comunitariamente

Hay una manera de situarse ante esta tarea que nos ayuda poco; es la de partir de la siguiente pregunta: ¿qué puedo hacer yo en todo esto? Cuando este es el punto de partida se suele llegar a la conclusión de que no podemos hacer nada porque todo esto nos cae muy grande. Sin embargo, hay otra perspectiva mucho más realista: que los grupos parroquiales, movimientos, asociaciones..., nos preguntemos: ¿qué podemos hacer entre todos y todas para construir esta dinámica de trabajo?. Y, una vez contestada esta pregunta, entonces sí es posible la pregunta personal: ¿y yo, qué puedo aportar para colaborar a esa tarea común?



Un camino de esperanza

Como afirmara en su momento Pablo VI ante las Naciones Unidas: *"si miramos con los ojos de la cultura de la solidaridad, podemos afirmar que el mundo no sufre hoy de falta de riqueza, sino de una mala distribución de esa riqueza"*. Lo que falta no es el pan, sino agrandar la mesa para que todos y todas puedan sentarse. El mundo no sufre hoy de falta de oportunidades de trabajo para que todos y todas puedan desarrollar su vocación de co-creadores, sino que sufre del desorden que implica una sociedad ordenada exclusivamente por el mercado.



Vamos a celebrar la fiesta del 1º de Mayo con la esperanza que viene de Dios nuestro Padre-Madre, a fin de que como Iglesia nos comprometamos aun más en la defensa de la dignidad y derechos de los trabajadores y trabajadoras. La Palabra de Dios y la Doctrina Social de la Iglesia nos ilumina: el trabajo no es sólo un medio de subsistencia, sino también un medio de realización humana. Salgamos a la calle a trabajar porque se respete el derecho al trabajo para todo trabajador y trabajadora y los de su familia. Jesucristo resucitado nos acompaña en esta tarea de denunciar las injusticias sociales y anunciar y proclamar la dignidad de los trabajadores y trabajadoras.

TODOS a las CALLES 1º de Mayo



«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus sufrimientos. He decidido bajar para librarle de la mano de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra fértil y espaciosa (...) Así, pues, ve; yo te envío al faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los israelitas» (Ex 3, 7-10).

“¡Señor! ¡Consérvame la cólera!

Que ante la injusticia, mi corazón se rebele. Que sienta en mi alma la rabia del orden que tapa el desorden.

Que me sienta capaz de luchar. Que pueda, en cualquier tiempo, coger el látigo y arrojar a los mercaderes del templo. Porque Tu templo no es sólo la Iglesia ¿No se lo dijiste a la samaritana?

Tu templo son las fábricas, los despachos, los talleres –el lugar desde donde te rezamos-. Y hay hombres que han convertido la casa de Dios en cueva de ladrones. Que me sienta capaz de vencerlos.

No permitas, Dios, que me resigne. Porque resignarse es declararse vencido. Y sólo ante Ti debemos declararnos vencidos. Ante nadie más. Y nunca ante los sembradores de iniquidad.

¡Señor” ¡Purifica mi cólera!

Que en mi ira no piense en mí sino en la gloria del Padre y en mi prójimo. Como Tú lo hiciste. Como fue tu ejemplo: constante rebelado, compañero de los hijos del Trueno, venidos a sembrar guerras y no paz, sumiso al Padre y muerto por amor a tus hermanos. Que me sienta yo, como Tú, capaz de vivir y morir por mis hermanos.

Que no piense que soy yo quien lucha, sino nosotros. Que no piense que soy yo quien reza, sino que en mí confluye el grito de los oprimidos. Porque la cólera por causa “mía” lleva al odio; la cólera, “nuestra” causa, conduce al amor.

¡Señor! ¡Dame el amor!

Dame el amor, Dios, para que mi cólera no sea obra del infierno.

Que mi cólera sea amor a mis compañeros.

Que mi cólera sea amor a todo el pueblo desheredado. ¡Pobre pueblo, oprimido siglo tras siglo!

Que mi cólera sea pasión con ellos: la “com-pasión” auténtica, fuerte y viril.

Que mi cólera sea también amor al enemigo; al pobre, al desgraciado sembrador de injusticias, al que ha derribado Tu altar y en su lugar ha fundido un ídolo de oro. ¡Dios! ¡Apiádate de él y, por su bien, ilumínale! ¡Que te conozca!

Que mi cólera no sea contra los hombres, sino contra su mal. Que no sea odio. Que mi cólera sea caridad.

¡Señor Tú sí, porque Tú sabes qué quiere decir esta palabra; ¡Dame tu caridad!

Oración de un trabajador